

DOI:

10.21789/issn.2422-2704.1553

Sugerencia de citación:

Villamizar, J. C. (2020). Reseña. Alberto Mayor Mora y Carlos Zambrano Escamilla. Economistas antiguos y modernos, gigantes y enanos y su enseñanza en Colombia. Entre la formalización matemática y la pérdida teórica: el manual de economía en las primeras facultades universitarias, 1945-1980. 1 ed. Bogotá: Universidad Autónoma de Colombia, 2016. 536 pp. *tiempo&economía*, 7(1), 246 - 251. doi: 10.21789/24222704.1553

Reseña. Alberto Mayor Mora y Carlos Zambrano Escamilla. Economistas antiguos y modernos, gigantes y enanos y su enseñanza en Colombia. Entre la formalización matemática y la pérdida teórica: el manual de economía en las primeras facultades universitarias, 1945-1980. 1 ed. Bogotá: Universidad Autónoma de Colombia, 2016. 536 pp.

Juan Carlos Villamizar

Profesor Departamento de Historia,
Universidad Nacional de Colombia*
jvillamizar@unal.edu.co

El libro de los profesores Alberto Mayor y Carlos Zambrano trata de la formación de los economistas colombianos en la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad de Antioquia, la Universidad de los Andes y la Universidad del Valle en el siglo XX. El escrito revela con lujo de detalle las fuentes principales de las que se ha nutrido el economista en Colombia, las cuales, discurren desde los manuales de texto hasta las obras de los teóricos

* Agradezco a Ángela Rojas por sus comentarios para la mejora del texto.

del campo económico. La investigación arroja que los manuales han predominado sobre las obras teóricas. El libro se divide en cinco capítulos, una introducción y un epílogo.

Guiados por la obra *A hombros de gigantes* de Robert K. Merton, según la cual “una idea original de un país puede llegar a ser enriquecida, distorsionada, alterada o incluso suplantada en otro” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 19), los autores construyen, con cuidado y rigor, la historia de los cuatro programas de economía más relevantes en el país, preguntando por la trayectoria de los manuales de enseñanza, su llegada a Colombia, las traducciones del francés o del inglés y también, a través de estos programas, por algunas obras teóricas de grandes economistas. Se trata del aprendizaje y formación con enanos, en el primer caso, y con gigantes, en el segundo. No implica, según los autores, de que el manual sea malo y el libro del teórico bueno, solo que el primero postula verdades y el segundo razona y hace preguntas, y también es posible que “un autor puede que no aporte nada al aparato analítico de su disciplina, pero puede escribir un manual que sea un hito en la difusión de sus ideas centrales” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 19). La conclusión no puede ser más contundente: “En Colombia no hubo trabajo ‘analítico’ sino seguimiento de la evolución del pensamiento económico y puesta en práctica de sus recetas, así estuviesen permeadas de ideologías” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 19).

Es un colofón extremo que podría ser excusado en virtud del método de investigación empleado por los autores centrado en la Universidad, los programas de estudio, los manuales y textos. Cuando se incorpora al análisis del pensamiento económico en Colombia, los economistas autodidactas, la producción de revistas, el trabajo en centros de investigación y el ejercicio de la política, emerge el trabajo analítico.

El capítulo primero trata del uso del manual francés en la escena académica, política y económica en Colombia hasta 1940. Allí se destaca la formación del abogado-economista que además ejerce la política. Los autores resaltan los nombres de Esteban Jaramillo, Carlos Lleras Restrepo, Hernán Jaramillo Ocampo, Luis Eduardo Nieto Caballero, Guillermo Torres García, Miguel Antonio Caro y Alejandro López, entre otros. Con excepción de los dos últimos, los demás habían adquirido sus ideas económicas en manuales como el francés de Gide y Rist, *Historia de las doctrinas económicas*. Por supuesto, ellos no aspiraban a ser teóricos sino “buenos economistas prácticos” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 34). Fue Alejandro López el que tuvo la decisión de preferir a los autores originales más que a los manuales de economía, quien, además, entró

en contacto directo con economistas ingleses en los años treinta, entre ellos, Keynes. López también fue impulsor de un colegio invisible de ingenieros y políticos antioqueños, mediante el envío desde Inglaterra de libros sobre teoría económica entre los que se destacan al menos cinco obras de León Walras. Para él ya era claro que se “debía preparar un estudiante de economía que no fuese un mero repetidor de las doctrinas económicas ... que lo condenaban a estar sojuzgado intelectualmente, sino que estuviese dispuesto a investigar y ayudar a su país a salir de su condición de parte del mundo colonial” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 89).

El capítulo segundo revisa el programa de economía de la Universidad Nacional de Colombia, el cual se destaca por ser el más diverso de los cuatro casos estudiados. Esa diversidad se refiere al uso de manuales y de autores teóricos principales en el campo de la economía; al hecho que por sus aulas han transitado entre 1945 y 1980 las diversas escuelas del pensamiento económico con diferentes énfasis (no siempre los mejores); y a la presencia de pensadores colombianos que han puesto su sello en la formación de los nuevos economistas: Antonio García Nossa, Lauchlin Currie, Jesús Antonio Berjano, Salomón Kalmanovitz y Homero Cuevas.

Refiere el capítulo al periodo del Instituto de Ciencias Económicas (1947-1950), durante el cual, dicen los autores, se retomaban los “hilos perdidos desde los tiempos de Miguel Antonio Caro, Carlos Calderón y Alejandro López: la teoría debía ser estudiada en sus grandes pensadores, pero aplicada *cum granu salis* [con moderación] según el país recipiente de sus directrices” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 106). El Instituto buscaba formar economistas para la transformación del país, desde los aportes del marxismo, Frederic List, Gustavo Schmoller y de economistas modernos entonces como Keynes, Marshall, Hayeck, Stigler y Schumpeter. Concluyen los autores en esta parte que para 1950, García Nossa, fundador del Instituto, era un auténtico gigante local, quizá el primero, evidenciando un modelo de enseñanza diferente al de los abogados-hacendistas, ingenieros-economistas, abogados-economistas o autodidactas. Y era evidente por la publicación de su libro, *Bases de la economía contemporánea* (1948).

Desde 1952 se creó la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional “con un perfil más técnico que político” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 133) en una atmósfera de conservadurismo y una nómina de profesores provenientes de la banca en donde el manual de economía volvió a imperar hasta 1966. También circularon los primeros intérpretes de Keynes (Dudley Dillard

y Raúl Prebisch). En medio del nuevo ambiente, irrumpió la propuesta de Luis Ospina Vásquez de “americanización de los estudios de economía” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 143), liquidando los remanentes del derecho en la formación económica y dando espacio a los manuales de Samuelson, Schumpeter y Kenneth Boulding. Después, con la llegada de Lauchlin Currie, la presencia de los manuales cambiaría por la confrontación de “los textos directos de los gigantes de la economía” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 194). Los setentas llegarían con la producción teórica de los profesores Kalmanovitz y Bejarano, pero también con el cambio del manual neoclásico por el manual marxista.

El capítulo tercero se ocupa del programa de la Universidad de Antioquia fundado en 1946. En sus inicios tendría un proceso similar al anterior, con el uso de manuales anglosajones y divulgadores de segunda mano, y en los setenta haría los cambios en búsqueda de salir del manual hacia los textos originales, así como eliminar la dependencia de abogados e ingenieros. Pero otro movimiento ocurrió, ya que el manual marxista de bajo nivel teórico se haría presente. Será en los ochentas cuando con Carlos Esteban Posada la Facultad de Economía tendría una orientación decisiva hacia el buen manual de macroeconomía como guía de cátedra; también fue importante la presencia de Hugo López que introdujo a Piero Sraffa y al Samuelson de la teoría y no del manual.

El cuarto capítulo, acerca de la Universidad de los Andes, es presentado por los autores como el prototipo de formación de las élites que debía incluir: sólida formación teórica en economía neoclásica y aplicación a la investigación y asesoría económica al Estado. Desde muy temprano se creó el Centro de Estudios para el Desarrollo Económico (CEDE), en 1958, y el programa de Maestría en Economía para Egresados, en 1963, con una visión muy similar a las escuelas norteamericanas, “anti-cepalina, monetarista y ortodoxa” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 332). Desde finales de los setenta, los egresados de este programa comenzaron a copar las posiciones más altas del Estado, confirmando con ello que ya no es el abogado sino el economista el perfil necesario para acceder al poder. Su apuesta fue la de contar con un manual apropiado y con ejemplos asociados a Colombia. Se conocieron así los de Fernando Gaviria en Moneda y Banca, Augusto Cano en Matemáticas y Macroeconomía y Javier Fernández Riva en los modelos Clásico y Keynesiano. Los autores destacan los aportes de Álvaro López Toro con sus estudios sobre población, no solo en Colombia sino en Estados Unidos, y reafirman “pero ni la Universidad de los Andes ni, quizá, la Facultad de Economía llegaron a comprender que

entre 1967 y 1971 tuvieron en sus aulas y en el CEDE a un investigador y a un docente de talla mundial, un verdadero gigante situado entre la Economía y la Demografía” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 400).

El quinto capítulo está dedicado al programa de economía de la Universidad del Valle. Creado en 1958, en su primera década se constituyó como paradigma de la enseñanza a través del manual. La pretensión de sus fundadores era formar cuadros técnicos y administrativos para las empresas del Valle; así se desarrolló la práctica de “un curso, un manual” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 409). Adicionalmente, fue la muestra de cómo los financiadores deseaban “ampliar la frontera del capital financiero en Colombia” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 463). Esa situación cambiaría desde 1972 con la llegada del grupo de profesores de la Universidad Nacional de Bogotá. A partir de allí fue posible el desarrollo de la producción de obras propias como las de Eduardo Lora, *Dinero, actividad económica y precios*, y las críticas y aportes de Alberto Corchuelo, quien se preguntaba “¿Qué harían los profesores si se decidiera quemar los manuales?” (Mayor & Zambrano, 2016, p. 501).

El epílogo del libro es una crítica a los manuales de economía y su uso excesivo en los programas de economía, en particular los de posgrado, y una descripción de las discusiones que se han dado sobre la formación de los economistas en las últimas décadas en Colombia. Finalmente, los autores destacan los aportes a la disciplina económica en el país de Jesús Antonio Bejarano y Homero Cuevas Triana, que desde la Universidad Nacional mostraron la importancia de aprender con los autores originales y, al mismo tiempo, escribieron manuales de economía originales: el primero, *Teoría de las estructuras del mercado*, y el segundo, *Introducción a la economía*, obras que buscan ampliar el conocimiento de sus lectores y no entregar una sola verdad, como en el caso de los manuales anglosajones (con las excepciones notables de Schumpeter y Samuelson). La apuesta de Bejarano y Cuevas fue por la pluralidad y el diálogo directo con los gigantes de la economía. Al final, los autores resaltan el aporte de Cuevas en sus discusiones teóricas sobre la transformación de valor a precios en el marxismo, así como sus últimos desarrollos sobre las teorías del mercado y la empresa, todo un desafío intelectual.

Se trata de una obra que deberá ser tomada en cuenta en la historia intelectual de Colombia y, necesariamente, en la reflexión sobre el papel de los economistas en la historia económica y política reciente del país.